

En Valdivia no llueve

VII





Proyecto financiado por el
Fondo Nacional de Fomento
del Libro y la Lectura,
convocatoria 2023

Organiza:
Los libros del Gato Cauille

Apoya:
Ministerio de la Cultura (Fondo del Libro)

Ilustra:
Amigo Universo

Diseña:
Ian Campbell

Escribe:
Tomás Piñones, Teresita González, Argania Inostroza,
Francisco Zamorano, Enrique Sepúlveda, Diego Quezada,
Paola Muñoz, Daniel Navarrete, Camila Brito, José Baroja.

Colaboran:
Verónica Zondek, Daniel Campusano, María José Cabezas,
Pedro Tapia, Manuel Naranjo, Gabriela Balbontín, Daniela
Senn, Ismael Rivera, Ricardo Mendoza.

En Valdivia no llueve

VII

Convocatoria
2023



LOS LIBROS DEL GATO CAUILLE

Número mágico, misterioso, total

- El siete es la suma entre el tres (cielo) y el cuatro (tierra).
- Número primo, el mayor entre números naturales (0 - 9).
- Para Pitágoras, el número perfecto.
- Dispensador de la vida y fuente de todos los cambios, según Hipócrates.
- El preferido, en diferentes culturas y épocas, entre todos los números existentes.
- Do, re, mi, fa, sol, la, si, las siete notas musicales.
- Oro, cobre, plata, hierro, estaño, cobre y mercurio, los siete metales de la alquimia.
- Para el Talmud hebreo, existen siete cielos.
- Y siete infiernos, para el Torá islámico.
- Miguel, Gabriel, Uriel, Chamuel, Rafael, Jofiel, Zadkiel, los siete arcángeles de la Biblia.
- Para el hinduismo, hay siete chakras en el cuerpo.
- Siete pasos, recién nacido, da el Buda.
- La luna cambia su ciclo cada siete días.
- Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado, domingo, los siete días de la semana.
- Garrincha, Cantoná, Bebeto, Figo, Beckham, Shevchenko y Cristiano Ronaldo jugaron con la 7.
- Puch, Vargas, Alexis, Vargas, Vargas, Vargas y Puch, los siete goles contra México.
- Hay siete colores en el arcoíris, son siete maravillas las del mundo, siete orificios tiene la cabeza humana, el gato tiene siete vidas, son siete los enanitos de Blancanieves...
- Soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza, los siete pecados capitales.
- Son siete las letras que componen la palabra *palabra*.
- *El 2023 se celebró la séptima convocatoria del Valdivia no llueve.*
- $2 + 0 + 2 + 3 = 7$.

Librería Gato Caille,
Valdivia, enero 2024

Instructivo nocturno para aquel solitario paradero de micros



En principio, perdone. Ignore toda provocación, todo comentario malicioso. Ofenderse es un lujo que no puede permitirse. Luego, y como deberá proceder la más de las veces, corra. Una persecución es tal desde el momento que corrobore que ese grupo de cuerpos se dirige rápido y de forma indubitada hacia donde está usted. Estire bien sus piernas, no se olvide de respirar, escoja con sumo cuidado las calles y pasajes que toma. Cuando el camino esté cerrado por una pared, una valla, usted estará oficialmente acorralado. En ese momento, tome consciencia de su cuerpo y examine las dimensiones del espacio, los elementos a disposición que pueda encontrar. Tiene medio segundo para realizar el paso anterior. Si hay elementos, procure tomar posesión de los mismos antes que



cualquiera. De no haberlos, reduzca la distancia que lo separa del cuerpo más próximo con un paso largo. Extienda su brazo derecho al máximo, o izquierdo si es zurdo, sacándolo desde el hombro en línea recta y apuntando a toda velocidad a la mandíbula rígida de su adversario. Rote el pie que acompaña el golpe y su cadera cual paso de twist, de manera que esa fuerza de oposición pueda rebotar elástica en otra dirección cuando el primer golpe termine. Gire en 45° y repita lo mismo con la mano retrasada, procurando que la línea de movimiento del puño sea curva y que sus nudillos impacten directo en la svástica tatuada en la sien del segundo adversario. No olvide rotar el pie y la cadera de forma exagerada, como hizo apenas horas antes en la disco, pero esta vez para usar ese

impulso cadencioso en su tercer golpe. En esta última etapa usará el pie, con objetivos claros: las gónadas del varón enardecido, para evitar la reproducción, la metástasis de cráneos rapados acechando. Cuando se incline, introduzca dos uñas pintadas dentro de un globo ocular a elección. Salga con premura en dirección al espacio vacío entre los cuerpos y remuévase el pelo de la cara. Diríjase corriendo donde haya gente y repita el primer paso: ignore los comentarios, haga oídos sordos a esos gritos derrotados que desde lejos insisten en decirle maricón culiao.

Y de repente, laucha



Los pinos al otro lado de la ventana se me hacen irreconocibles. Un español mal hablado, insoportable, se escucha desde el centro del círculo. A mi derecha, un belga finge emocionarse y un par de estudiantes locales toman apuntes como si realmente quisieran entender la lectura. Segundo año aquí y todavía no me siento escritora. Tercer mes del semestre y comienzo a odiar la poesía.

Cuando llegué, tardé más de un mes en contar de dónde vengo. Me daba miedo haber traído conmigo el olor a humedad, así que compré jabones que no conocía y moví mi ropa por distintas lavanderías del barrio para sacarles el sur de encima; quitarme el mate y el humo. La fritura, el frío y la leña, que no pertenecen aquí.

Ahora la profesora declama unos versos insípidos, se mueve de autor en autor y yo pierdo la paciencia. Parece que empieza algo nuevo y no me doy cuenta cuando lo termina porque ya está leyendo a alguien más. Y así pasan las horas y los días y las clases y no logro distinguir una obra de otra porque todas las odas son iguales y olvido los nombres de los poetas.

Siento mis piernas más inquietas que de costumbre, necesito salir. Me preparo para dejar la sala. Recojo mi chaqueta y me tiemblan las manos. Cada palabra en castellano que escucho me marea un poco más. Me hunde un poco más. Estoy a segundos de irme para siempre.

Y de repente, laucha.

Un rayo de sol se cuela entre las ramas. Me detengo. Laucha. Un tesoro escondido bajo una traducción demasiado astuta. Oigo un caminar silencioso sobre el suelo de madera. Piedras cediendo bajo el peso de unos bototos. Una mesa llena, pan amasado y mermelada. Apreté las manos y dejé de respirar, no quería que nadie más lo notara: en el poema hay una laucha. Pequeña, temblorosa y un poco cochina. Hace un par de años no me habría dado cuenta. Unos días atrás habría gritado de asco. Hoy es el punto de encuentro entre mi habla y la distancia.

De repente laucha. Un pequeño grito de victoria por debajo de mi bufanda. Celebraciones a escondidas en el baño mientras suenan las noticias y la rabia de mis abuelos al mismo tiempo. Unas sobras de la once que desaparecieron a la mañana siguiente. Los marcos de la ventana carcomidos por los bordes. Moscas muertas en la mesa de la cocina. Cáscaras de mandarina arriba de la estufa, un trozo de latón agujereado que usábamos de tostador. Una ratonera oxidada que nunca logró su misión: a la laucha la veo en las esquinas de la sala, al lado del basurero y sobre el proyector. Y nadie más lo sabe. En esa sala al norte del mundo, la laucha es solo para mí.

El poema se acaba. Un olor a mojado hace que me gotee la nariz.

Siglas y fuga



Cayó enfrente de casa una noche particularmente ruidosa. Yo apenas sentí difusos gritos afuera, en pleno entresueño como estaba, mas distinguí los pasos de mi marido apresurándose a la puerta; abriendo, luego, la principal. A la mañana siguiente le pregunté qué había ocurrido y respondió que nada, que no me preocupara. Y si bien es cierto, al comienzo, no me inquietó, sí me parecieron raros ciertos cambios de humor o rutina. En las noches, por ejemplo, se quedaba tiempo en la leñera, sin que se oyera el batir del hacha. Incluso, más de una vez, le oí hablar de un tal Apu —¿como el de Los Simpsons?, creí—, sin saber si por teléfono, o bien, monologaba.

A partir de entonces, fue colocándose crecientemente más gruñón, hasta violento en

ocasiones. Yo sabía que, a la primera de cambio, era mejor salir cascando, pues después sólo aumenta. Pero algo me ataba, ya no a él —menos a ese amor que hace mucho no—; sino a una respuesta, y algo más.

Cierta mañana, apenas partió, busqué por todos lados una pista. Recorrí la casa entera: nada. El estacionamiento: menos. En la leñera, sin embargo, bajo una ruma, envuelta en un pañuelo dentro de una caja, estaba Apu.

Me dio miedo, a decir verdad, a pesar de su belleza; esa belleza escalofriante que a veces refulege en lo siniestro. Llamé a un primo, militar retirado, quien sabía moverse entre límites legales. La describí con detalle y envié algunas fotos. Dijo que el jueves podía estar en casa, temprano, cuando mi marido se fuera, que la guardara donde estaba y no hablara de esto con nadie.

Llegó según lo convenido. Sus ojos brillaron al corroborar la inscripción. En las manos correctas, continuó —pero, ¿existían acaso las manos correctas?—, podía valer mucho, y él ya manejaba posibles interesados. Habló de números tentativos —quedé boquiabierta— y acordamos respectivos porcentajes. Me pasó

otro teléfono. Llegado el día, él llamaría. Máximo, un mes.

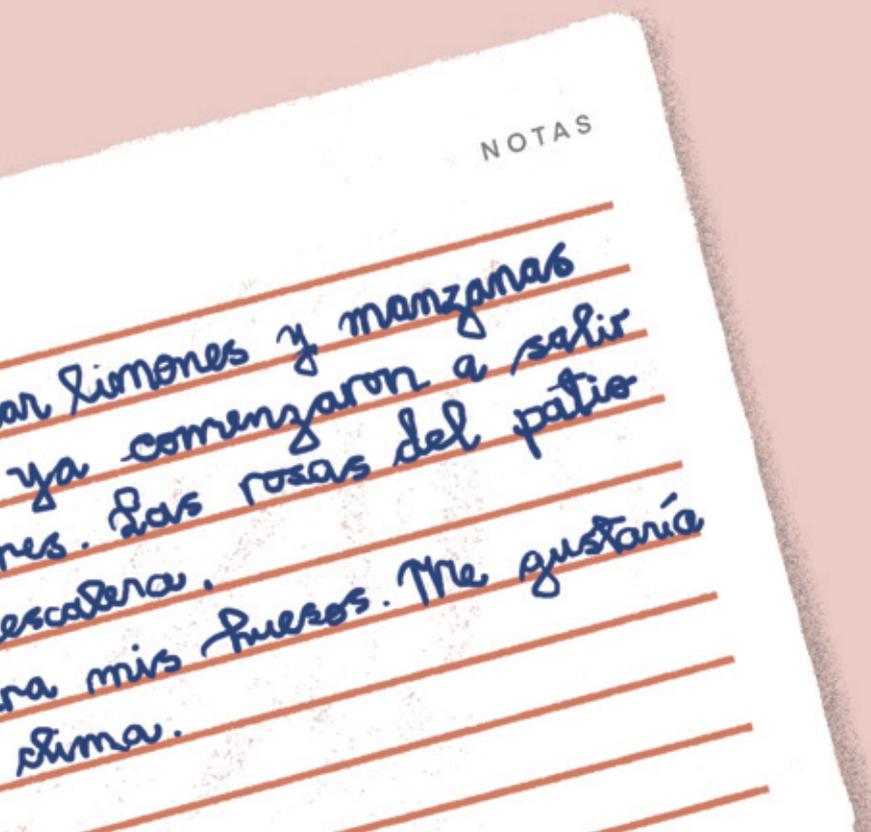
Casi dos semanas después, ocurrió. Me esperaba en Santiago, a la noche siguiente. Tomé el bus matutino, con Apu latiendo al fondo del bolso de mano. En el viaje nada dormí. Le imaginé volviendo esa tarde, extrañado de mi ausencia. Llamaría a mi celular, arrojado a la basura. Buscaría en la leñera, su caja ahora vacía. Golpeando muros, furibundo, juraría encontrarme. Sería en serio.

Y aunque temí, persistí. Confié, como por instinto.

Esa noche hicimos el cambio. Ocho abultadas y repentinas cifras recibí por APU. Ni bien despertar, al día siguiente, caminé al terminal, casi sin creerlo. Salía un bus a Córdoba en media hora. Desde ahí, a Buenos Aires. Luego crucé el Río de la Plata y pretendo pronto seguir andando.

¿No será mucha la ironía? La Beretta del asesino dictador, al año del medio siglo; sus siglas de A.P.U inscritas en plena empuñadura, a cambio de poder escapar de esa —y otras— violencias que todavía me persiguen, quiero decir, esta terrible libertad de necesitar vivir huyendo.

Cartas para Leonor



Con la mirada perdida y unas lagañas que se trizan en cada pestañear, la señora Leonor balanceaba su copa de vino de un lado a otro. En ocasiones se levantaba para intentar peinar su cabello hirsuto, seguir cocinando aquello del sartén y tirar las sobras a los Fox terrier, unos perros inquietos que tenía en la residencia que arrendaba para los universitarios.

La actividad más significativa que hacía la octogenaria, era usar el filo del abrecartas para leer alguno de sus recuerdos; su infancia entre los pastizales y las bondades del sur chileno, su rápida transición a la adultez con el apogeo de la dictadura, los últimos escritos hechos por Hugo, su difundo esposo y también de su hijo Alberto, que aún está con vida pero radicado hace más de 25 años en Suecia.

El regocijo que invadía la soledad de la cabaña valdiviana, eran las cartas cuyo remitente era Alberto y estaban destinadas para su madre. Apenas las veía, la señora Leonor dibujaba muecas temblorosas de alegría, y con la dificultad inherente de la vejez, tomaba un bolígrafo y garabateaba en una libreta de notas, respuestas sin destino que albergaban la esperanza de contraer esa proxemia que a ratos siente en el vacío de los dormitorios.

Yo siempre la observaba en el ventanal polvoriento de mi comedor. Con pasos lentos y repetitivos, la señora Leonor me causaba tristeza; arrancaba de la armónica verticalidad de los árboles, limones y manzanas que metía adentro de bolsas plásticas para luego colgarlas en las manillas de las puertas de sus pensionistas. Ella era amable y siempre preguntaba quiénes éramos, a qué nos dedicábamos y así, infinitamente, las preguntas eran las mismas y nuestra paciencia también.

Me hacía pasar por Alberto, yo escribía todas esas cartas y le hablaba de lo hermoso que era Europa, que en algún momento la traería para quedarse, que acá las personas no son violentas, que bajo tierra no se esconden más que plantas y semillas, que si observa púrpura y

violeta, solo será en cosmos, lavandas y campanulas, que la fragilidad de los lirios te acompañan en caricias, que en lugar de luminarias hay candelas y que la podredumbre típica de las calles chilenas no se observa en la oscuridad de Malmö.

Un día llegué a mi cabaña y adentro estaba Leonor, quien observaba los tenues rayos de sol que iluminaban la madera. Estaba sorprendido, la escuálida anciana se levantó de su asiento y se posó al frente mío. Sus opacos ojos celestes se iluminaban en medio de un silencio ensordecedor. Una lágrima invisible recorría las grietas de su senil rostro y con sus áridos labios me susurra:

—Alberto, te extraño mucho.—

Regresando a su casa, ella destapaba un vino y lo vertía sobre una copa. La movía de un lado a otro, absorta en la atemporalidad de su memoria, que la enfermedad la consumía y al igual que su copa, su vida tambaleaba, entre la nostalgia y el irremediable ocaso.

El diputado



—**A**bríguese diputado —le dijo la mujer cuando lo vio llegar con una chaqueta de cotelé—; aunque estamos en octubre, aquí en la capital sigue haciendo frío. Enseguida les traigo un tecito.

El diputado venía del sur con su amigo, hijo de la dueña de casa. Se acomodaron en una pieza hecha de tablas, techo de fonolas y piso de tierra, ubicada al fondo del sitio. El diputado pensó que la vida de la gente aquí no era muy distinta a la del sur. Cuando la señora llegó con el té los encontró sentados en los catres y que sobre una destartalada jaba de tomates habían apoyado un juego de ajedrez.

—Les hice unas sopaipillitas porque parece que viene mal tiempo.

El Diputado y su amigo se quedaron jugando bajo la luz mortecina de una ampolleta mientras avanzaba la noche y aumentaba el sonido de unas gotas en el techo.

—Dile a tu mamá que no me puede llamar diputado —le dijo en voz baja a su amigo.

—Si camarada —contestó éste.

—Tampoco me llames camarada.

A pesar del viento frío que se colaba entre las tablas y las gotas de agua que retumbaban en el silencio del toque de queda los dos amigos cayeron en un sueño profundo.

—¡Despierte diputado, tienen que salir de aquí al tiro! —le requería la dueña de casa dándole palmadas por los hombros, mientras sujetaba una vela.

El diputado y su amigo despiertan asustados.

—¿Qué pasa mamá?

—¡Mira cómo está la pieza!

Constatan asombrados que la habitación se ha inundado de agua que llega hasta el borde de los catres. Sus zapatos y las piezas de ajedrez flotan en el charco. Se quitan calcetines, recogen sus zapatos del agua y las mantas que aún están secas. Llegan tiritando hasta la cocina donde se arriman a un brasero flameante

y secan sus pies con toallas. La madre está turbada.

—Perdóneme diputado, esa pieza la estamos construyendo recién... Pero el vecino de al lado es el presidente del club y tiene toda mi confianza. Vayan no más.

El Diputado es obediente y hace lo que le dicen. El vecino los recibe con una cálida sonrisa y un par de viejos zapatos de fútbol para cada uno.

—Son del club, espero que les queden bien.

Se ponen los zapatos y arropan con mantas. No consiguen conciliar el sueño otra vez. Tienen frío en los pies. El diputado aguza el oído. Desde la casa de su amigo se interrumpe el silencio de la escampada con ruido de carreras, gritos de la madre, ordenes marciales y portazos.

La voz atropellada de un joven concripto dice que ya revisó la pieza del fondo y que no hay nada. En su bolsillo guarda un hermoso caballo de ajedrez que encontró flotando en el charco y supone que no tiene valor para la pesquisa. Reporta al superior:

—¡Pura agua mi teniente, ni rastro de nadie!

Un godzilla para el Calle-Calle

資本主義
の終わり
今!

La solicitud al gobierno japonés de un Godzilla para el Río Calle-Calle se llevó a cabo con total discreción, e incluso antes de que los medios locales pudieran informar la noticia, el enorme espécimen de 40 toneladas había llegado ya embalado en una caja a la ciudad. Con motivo de incentivar el turismo, fue liberado en una ceremonia que contó con el corte de la cinta tricolor y la foto de las autoridades posando a orillas del río con el monstruo a sus espaldas.

Los habitantes de la ciudad recibieron con gran asombro y emoción la llegada de la famosa criatura japonesa. Muchos se acercaron a la costanera para verla de cerca y tomarse fotos que más tarde se viralizarían en redes sociales. Sin embargo, a medida que los días pasaron, la emoción dio paso a la preocupación, pues la

presencia del monstruo comenzó a afectar a la comunidad de una manera que nadie había previsto.

Su llegada había causado una gran alteración en el ecosistema del río y muchos temían que esto pudiera traer graves consecuencias para la flora y fauna locales. El monstruo presentó serios problemas de adaptación al medio e insistía en revolcarse el estrés a la orilla del río, ocasionando piscinas similares a las dejadas en la extracción de áridos. Además, su fuerza y tamaño resultaron ser una amenaza para las embarcaciones que transitaban el afluente. Varios pescadores informaron de encuentros peligrosos con la criatura, principalmente por las crestas del lomo que sobresalían de la superficie y los azotes de la enorme cola que alcanzaba los 200 metros de longitud sobre el aire.

Todos los perros de la ciudad ladraban y aullaban por las noches al oír los ronquidos radioactivos del monstruo venir desde la profundidad. Los paraderos de micro, la fila del banco, el trámite en la notaría y todo espacio que conllevara el trato con otros, rápidamente se llenó de un genio corto e irascible debido a las horas sin sueño.

De día, el monstruo tenía un apetito voraz, todo lo que veía se lo comía, haciendo socavar la tierra, arrasando los humedales y derrumbando los bosques que colindaban el río. Así no tardó en dejar de haber peces y por consiguiente aves.

Poco a poco la ciudad se fue entristeciendo. Apagando en medio de los bramidos del monstruo que dejaba desolación a su paso. Grandes migraciones se desplegaron hacia las regiones aledañas y así la ciudad se convirtió de pronto en un pueblo fantasma más fantasma de lo fantasma que jamás se había pensado. Solo las autoridades de turno prevalecieron en el lugar con la cinta tricolor enredada entre las manos.

Fortuna Nocturna



Eran pasadas las 5 de la madrugada en un día de Junio, caminaba un grupo de personas que vestían abrigos de pieles sintéticas, cabellos de colores, medias acanaladas, bototos rojos y otros de charol, se asomaban algunos tatuajes y fragmento de cabezas rapadas, una de ellas usaba unas chasquillas como “Amélie”, se parecía bastante. Se difuminaban a media cuadra y se veía el vapor saliendo de sus labios pintados cuando brotaban en carcajadas, mientras dejaban los vasos vacíos en el contenedor del paradero de la calle Chacabuco.

Subieron a un 31-11, mientras yo observa desde el taxi de atrás, no preste más atención, sin saber que íbamos al mismo destino. El after estaba lleno esa noche, era fin de mes y todos parecíamos muy felices, algunos bailaban

desatados y acalorados los ritmos de Pablito Ruiz, Thalía, Gloria Trevi, Yuri, entre otros del ambiente kitsch.

Transcurrían las pocas horas de oscuridad que quedaban, terminé compartiendo con el grupo de personas que había visto en el paradero, les pedí que me vendieran un cigarrillo y no paramos más de conversar, la vista enfocaba cada vez menos, se escuchaba a alguien con hipo intentando fallidamente dialogar, conversaciones cada vez más traposas y la chica "Amélie" se extravió en el baño durante un buen momento.

Cuando "Amélie" regresó del baño, se sentó en su silla y a los minutos gritó indignada: ¡Me robaron mi billetera!, (había dejado su cartera en la mesa mientras fue al baño). Comenzó una algarabía, empujones e insultos entre varios, hasta que llegaron dos guardias del lugar, eran de contextura musculosa y de gran estatura (presiento que los guardias también eran bailarines). Tuvieron que frenar la pelea y fueron sacando a cada ebrio del lugar, yo me escapé con el grupo de Amélie, antes de que se agarraran a combos.

Caminamos viendo el amanecer, llegamos al quiosco de la plaza de la ciudad, con el cabello

frizado y los maquillajes corridos, la persona que estaba con hipo reaccionó con la caminata, en un momento abrió su mochila, y encontró dos billeteras, ahí estaba la billetera de Amélie, (dentro de su borrachera, había pagado un trago con lo que encontró a la mano, ni siquiera lo recordaba). Contentos del hallazgo, nos dirigimos al mercado en busca de un mariscal o algo que nos reviviera.

Al paso de dos días, casi resucitando entre los muertos de tal parranda, me enteré de que todos llegamos bien a nuestras casas, sin embargo corría el rumor en esta pequeña ciudad, de que esa noche hubo pleito en el after, que a alguien le fracturaron la nariz y que se vieron balizas circulando por el sector aquella madrugada.

Golpes en la memoria



Mientras se lava la cara sin muchas ganas siente el golpe. A buenas y primeras no sabe si es broma o en serio. El aullido que viene luego le da una pista. Es su padre gritando que se apure. Acto seguido una segunda patada le sacude la pereza y le llena los ojos de lágrimas. Están rojos y no puede creer que una vez más lo impensado acaba de pasar. Así comienza un día como cualquier otro que pudo ser mejor.

En la misa todo es distinto. Es domingo y la familia nunca falta al rito que él tanto odia. De pie en la última hilera de la nave central cantan a todo pulmón. Él repite "amén" como si fuera un robot, mientras trata de ocultar el dolor que también le dejaron los gritos. La iglesia los recibe como si fueran mártires. Frente a todos se golpean el pecho y saludan con simpatía. No

hay duda: son la familia perfecta. No deja de pensar en la farsa mientras abraza a las monjas y a los curas. Una obligación impuesta por su abuelo que siempre le dijo que debía ser educado.

Viven en una casa en el centro del pueblo. Es cómoda. Tiene tantas ampliaciones que no resistiría la inspección de un experto en normas de construcción. Al fondo está la cocina. Es el mismo lugar donde vio cómo caía la taza de café al suelo aquella vez que quedó en medio de una pelea entre sus padres. Su padre iracundo nunca permitió que su madre tuviera la razón. Una vez más la hacía callar de la peor manera. Una vez más ella trataba de calmarlo por el bien de la relación.

Nunca supo de donde venía tanta ira. A cambio se consolaba pensando en el bienestar que le generaba tener techo y comida. El resto, pensaba, era secundario y soportable. Los golpes a su hermana por haber quedado embarazada sin estar casada, eran soportables. Las continuas humillaciones a su madre por no saber lo que debería saber, eran soportables. La pena por haber perdido a su abuelo, tal vez el único que lo conocía y era su amigo, era soportable.

De noche prende su walkman y escucha Rossini. Le gusta “La Gazza Ladra”. Cierra los ojos y se imagina a los instrumentos como seres vivos que dialogan de forma juguetona. También escucha Suzanne Vega. Se le pega la melodía de “Luka” y piensa que la letra tal vez le hace justicia.

Blancas sí, negras no



Flavio solía despertar tres minutos antes de que sonara la alarma. Esperaba a que sonara el segundo *tititi* para apagarla, nunca antes ni después, porque podría desencadenar una catástrofe. Hasta el momento nunca se había equivocado, ni tampoco tenía pruebas de que eso provocaría algo malo. Su mamá siempre le decía que no pensara tonteras, mientras le pasaba una de las pastillas del frasco.

Esta mañana apagó la alarma en el momento preciso. La canción cesó y lo inundó la paz, como una ola blanca que le bañaba el cuerpo. Era la certeza de que todo estaría bien. Además, era su cumpleaños.

Se incorporó por el lado derecho de la cama, se persignó tres veces y se levantó al baño. Se lavó la cara, se peinó y suspiró de felicidad

mientras imaginaba a su mamita que le decía “cuarenta se cumplen solo una vez, corasssón”, con su pelo dorado y el olor a perfume con cigarrillo. Flavio quería que fuera un día para disfrutar, así que su celebración sería comer cazuela, para recordarla.

Ignoró el frasco de pastillas de la repisa del baño y volvió a su pieza, se vistió, se echó colonia y caminó a la cocina. Estaba tan concentrado pensando en la cena que no alcanzó a reaccionar a tiempo y entró pisando una baldosa negra. El piso era como un tablero de ajedrez, tan antiguo como la casa misma, donde los cuadrados blancos eran lo correcto, el bien, el único color que debía pisar en las mañanas. Esto era tan importante como lo de apagar la alarma, levantarse por el lado derecho y persignarse tres veces, así como la larga lista que le quedaba para el resto del día. Las baldosas negras no debían ser pisadas por ningún motivo tan temprano, porque si lo hacía, todo lo demás se estropeaba.

Flavio se puso a sudar frío, inmóvil, todavía con el pie en la baldosa equivocada. No sabía cómo revertirlo, cómo arreglarlo. Hizo el gesto inverso, como un video que se retrocede, caminando hacia atrás hasta el dormitorio. Se

persignó tres veces para darse poder y avanzó de nuevo a la cocina. Esta vez pisó con fuerza el cuadrado blanco, tanto que sintió incluso una molestia en la rodilla. “Bien, bien, bien. Todo va a estar bien”, dijo en voz alta. Siguió caminando, o más bien golpeando el suelo con los pies, hasta el refrigerador con la intención de sacar la caja de leche, pero cambió de opinión. Prefería salir pronto, a ver si todo se corregía, a ver si se le olvidaba.

Cuando abrió la puerta, sintió que el estómago atravesaba su cuerpo hasta el suelo. Todas las casas ardían, tanto que apenas se veían entre las flamas, el ardor, las brasas. Recién ahí fue consciente del calor inmenso en su cuerpo, de que se le estaban prendiendo las pestañas, pero no pudo dejar de mirar. El cielo era gris, enfermizo, y caían lo que parecían chispas, pero no, eran estrellas, meteoritos estrellándose por todas partes.

Miedo



Cuando al fin Ariel logró salir de su casa, atravesar el jardín y cerrar el mínimo cerco que lo separaba del mundo exterior, el agua ya se acumulaba afuera como un supuesto presagio de sus temores. La verdad es que Ariel siente un miedo enfermizo al “allá afuera”, un temor que se ha hecho más y más inexpugnable por cada día que le han mostrado los dientes, por cada día en que lo han hecho callar como si solo él estuviera equivocado. Sin embargo, Ariel debe salir de su casa, como todos los meses, digamos que por mera cuestión de supervivencia.

Pero, pero, pero..., tras cerrar la reja, Ariel ha pensado de inmediato en el riachuelo que se forma al amparo de la calle y, a los diez pasos, su corazón ha comenzado a golpear con fuerza de timbal contra sus costillas. Creo que si esto

fuera un cuento de Kafka, lo más apropiado sería afirmar que Ariel se siente como una espantada A que tiene que llegar a H para ver a B a través de un inundado C. Se pone peor, puesto que después de tan solo quince pasos, Ariel ha visto en la otra vereda a una niña de unos doce años que lo mira con curiosidad debajo de un paraguas. Primero decide no hacerle caso, es un adulto, mas luego llega su madre, quien también se lo queda observando, o eso cree.

Ariel, sin intención de averiguar acerca de las miradas de ambas mujeres, decide apurar el paso, tanto que no se da cuenta de que el semáforo de la esquina está en rojo. Casi, casi lo han atropellado; sí lo han mojado, pero al menos sigue vivo, piensa. ¡Mierda! Lo han insultado horriblemente y aunque Ariel ha pensado en responder con otra palabrota... mejor no (no vaya a ser). Como era de esperarse, el hecho no ha pasado inadvertido: un peatón de impermeable se lo ha quedado mirando con cara de reproche. ¿Lo conoce? Decide apurar el paso: H está muy cerca... ¡Si tan solo no tuviera que comer! Empero ahí está, en la calle, con una parca que lo protege del agua, con unas botas de goma y sudando hasta el alma.

Cuando Ariel finalmente llega a H, B, que en este caso tiene nombre, Horacio, lo atiende como quien lo conoce desde hace mucho. Ariel se saca los guantes. Checa los paquetes. Revisa sus bolsillos. Extrae tres billetes. Paga. Se coloca los guantes. Toma sus cosas. Agradece. Se va.

Entonces, ya con los víveres en su poder, agua afuera, agua dentro, Ariel decide correr. Corre, corre, Ariel que el mal de ojo también puede aparecer. Corre, corre Ariel, pues también te puedes contagiar de algo que ni siquiera tenga nombre. Corre, corre, Ariel, que al fin has llegado a tu casa. ¡Oh! Pobre, pobre, Ariel, que encerrado en tu hogar republicano encontrarás la muerte, que siempre estuvo ahí, tras resbalar en tu ducha sin que nadie, nadie, se acuerde de ti.

En Valdivia
no llueve VII
se terminó
de imprimir
en
Valdivia en
enero de
2024
en los
talleres de
Imprenta
América
Fue impreso
en papel
Bond de 90
gramos
Para la
portada y
el interior,
se utilizó la
tipografía
Bricolage
Grotesque,
de libre
acceso.

